El escribiente de las sombras prestadas

En la ciudad de Elvar, las calles no se vaciaban por completo cuando oscurecía. Los vendedores cerraban sus puertas, los artesanos apagaban los hornos y las personas entraban a cenar, pero algunas sombras seguían trabajando. Una sombra de panadero podía amasar sobre una mesa sin harina; una de costurera repasaba dobladillos invisibles; las sombras de los barrenderos movían hojas secas de un extremo a otro de la plaza.

Se prestaban como se prestan las herramientas delicadas: con fecha, testigos y una obligación escrita. Una sombra no hablaba ni recordaba los nombres de sus dueños, pero repetía el oficio que había aprendido durante el día. Si alguien le pedía una labor sencilla, podía hacerla mientras su dueño dormía. Al amanecer regresaba a sus pies.

Rui copiaba esos contratos en el Registro de Luz. Su tarea consistía en trasladar cada frase a un libro de hojas azules, sin cambiar una coma. Le habían enseñado que el contrato más seguro era el que parecía aburrido.

Una tarde llegó Ada, la alfarera del barrio del río. Entró con el sombrero en la mano y caminó hasta la mesa de Rui. El sol se colaba por las ventanas altas. Bajo los pies de Ada no había ninguna sombra.

—El préstamo venci el martes —dijo—. Firmé el cierre antes del alba. Desde entonces, al trabajar, no puedo calcular la distancia entre la mano y el borde del torno. Las cosas parecen más lejos de lo que están.

Rui pidió el duplicado. El contrato decía que Ada prestaba su sombra para trabajar de noche en la Casa de los Hornos. La devolución debía efectuarse antes del alba del quinto día. Había una segunda frase, escrita con letra casi idéntica: «El préstamo concluirá una vez terminada la labor encomendada».

—¿Qué labor? —preguntó Rui.

—Hacer una vasija que no vuelva a quebrarse.

Rui leyó el renglón tres veces. Una vasija sin grietas podía salir del horno. Una vasija que nunca se quebrara no tenía fin comprobable. Ni siquiera mil años de vigilancia demostrarían que una pieza no se rompería en el siguiente instante.

—La fecha de devolución ya pasó —dijo Rui.

—Eso me respondió el guardia. Que el prstamo constaba como cerrado, pero ella seguía debiendo el trabajo.

Rui caminó con Ada hasta la Casa de los Hornos. A través de los cristales vio diecisiete sombras inclinadas sobre mesas de arcilla. Ninguna persona estaba allí. Algunas daban forma a cuencos; otras alisaban una superficie ya lisa hasta que los dedos oscuros se volvían casi transparentes.

Una sombra pequeña giraba alrededor de un torno vacío. Ada extendió la mano hacia el vidrio. La sombra la imitó sin dejar de girar.

—Era más alta —murmuró Ada—. Antes llegaba hasta el muro de la calle.

El guardia mostró una lista de encargos. No estaba dispuesto a permitir que retiraran un solo trabajador nocturno sin una orden firmada por el juez encargado de los préstamos.

—El juez no está —dijo—. Siempre llega cuando se apagan las últimas luces.

Rui regresó al Registro y buscó la primera ley de préstamos de sombra. Estaba escrita en un pergamino que muchos copistas preferían no abrir: tenía tantas correcciones que cualquiera podía descubrir que la norma había cambiado con los años.

Encontró una frase antigua, aún vigente: «Quien reciba la sombra la restituirá en la hora pactada. Toda obligación que no admita término comprobable quedará a cargo de quien la garantice». En los modelos modernos, la primera parte se imprimía en letras grandes. La segunda quedaba relegada al reverso.

En los diecisiete contratos de la Casa de los Hornos aparecía el mismo garante: el juez Belor.

A Rui siempre le había extrañado que Belor no proyectara sombra. La gente decía que era señal de imparcialidad; ningún objeto podía acusarlo de torcerse a su favor. Ahora le pareció una explicación demasiado cómoda.

A la hora de las lámparas el juez llegó con un abrigo de cuello alto. Atravesó el patio sin dejar marca oscura sobre las baldosas.

—Las sombras no están retenidas —dijo al escuchar la reclamación—. Siguen cumpliendo encargos voluntariamente aceptados.

—Ada aceptó un plazo —respondió Rui—. Y una tarea que no podía terminarse. El contrato contiene dos órdenes incompatibles.

Belor tocó con un dedo la mesa donde Rui había dejado los libros.

—Sin tareas difíciles no habría adelanto. Cada noche la ciudad produce más de lo que cabría esperar de sus habitantes.

—Difícil no significa interminable.

—¿Vienes a discutir palabras o a recuperar una sombra?

—A decidir quién trabaja cuando las palabras dejan de servir.

Rui desplegó los registros. Belor había avalado durante años pedidos como «pulir hasta que nada vuelva a ensuciarse» o «cocer una pieza que nunca sufra daño». Los clientes pagaban una tarifa por cada encargo. Las sombras quedaban allí, repitiendo el oficio a cambio de una terminación que no llegaría.

—Esto funciona porque nadie cuenta las noches —dijo Rui.

—Las contamos —respondió el juez—. Cobro por ellas.

Ada no suplicó. Puso sobre la mesa una vasija sin esmalte, algo torcida y con una pequeña marca de dedo en el cuello.

—La hice hoy —explicó—. No conseguí centrarla bien. Pero contiene agua. ¿Qué tendría que hacer para demostrarle que he terminado un trabajo?

Belor observó el recipiente sin contestar.

Rui sacó una hoja en blanco. Escribió: «Ada y su sombra entregarán doce vasijas cocidas. Se contarán a la vista de dos testigos, se anotarán las piezas que se aceptan y las que se rechazan, y el encargo concluirá después del cómputo, sin promesa sobre su duración futura». Dejó un lugar para la firma de Ada y otro para quien se haría cargo de cualquier obligación sin término que siguiera pendiente.

—Eso es menos de lo que mis clientes pidieron —dijo Belor.

—Es todo lo que puede comprobarse. Si quiere conservar la orden de fabricar algo que nunca se quiebre, la ley deja ese encargo en manos del garante.

—¿Me estás amenazando con que debo sentarme al torno?

—No he escrito ninguna amenaza. Su nombre lleva años bajo la palabra «garante».

Rui no podía obligar a Belor a firmar una sustitución. Podía, en cambio, registrar públicamente la reclamación y aplicar la cláusula antigua. Cuando anunció que leería los diecisiete contratos ante los dueños de las sombras, el juez pidió que cerraran la puerta del patio.

—Si firman el cambio, ¿regresarán al amanecer? —preguntó Belor.

—Las que terminen un encargo verificable, sí. Las demás deberán quedar libres de la obligación imposible. Su responsabilidad como garante no desaparece: los encargos que prometió usted tendrá que responderlos con su propio trabajo o con una reparación acordada, no con las sombras de otros.

Ada firmó solo después de leer la nueva hoja. Belor tardó más. Al final escribió su nombre junto a una lista de reparaciones concretas: preparar los tornos dañados, devolver las tarifas cobradas por noches improcedentes y trabajar en el taller hasta que los propietarios comprobaran las entregas. Ninguna frase decía «para siempre».

Durante la noche, Ada y dos alfareros voluntarios contaron las piezas terminadas. Doce vasijas estaban cocidas. Cinco tenían defectos visibles, pero el contrato no exigía ocultarlos; se registraron

como rechazadas y el cómputo se cerró. La obligación había llegado a un final que todos podían señalar.

Cuando amaneció, las sombras empezaron a cruzar la plaza. Pasaron bajo los arcos como una corriente oscura y se reunieron con las personas que esperaban junto al Registro. Algunas regresaron enteras. Otras apenas tenían la anchura de una mano.

La sombra de Ada salió última de la Casa de los Hornos. Se deslizó por las baldosas y se pegó a sus zapatos. Era mucho más corta que antes, con un borde irregular a la altura de los dedos.

—¿Crecerá? —preguntó Ada.

Rui revisó la ley. No había ninguna respuesta sobre eso.

—No lo sé.

Ada levantó la vasija torcida que había llevado al juicio. La luz atravesó el agua sin romperla. Por primera vez en días pudo distinguir dónde terminaba el borde y dónde empezaba su mano.

Belor apareció en la puerta del taller con el abrigo abierto. Tenía manchas de arcilla hasta los codos. Seguía sin sombra, pero ahora se veía obligado a inclinarse sobre un torno real, bajo la mirada de quienes habían trabajado por él.

Rui volvió al Registro. En la primera página libre escribió un modelo breve que cualquiera pudiera comprender: «Trabajo: contar, comprobar, terminar». Lo dejó junto a los contratos antiguos para que las personas compararan sus palabras.

Al pasar junto a la ventana vio a Ada alejarse por la calle del río. Su sombra caminaba con ella, pequeña y un poco torcida, sin volver la cabeza hacia los hornos.